

IV

Vergara.—Vitoria.—Pancorbo.—Burgos.—Fonda española.
La Catedral y el cofre del Cid

En Vergara, donde se verificó el convenio entre Espartero y Maroto, vi por primera vez un cura español cuya catadura me pareció bastante grotesca. Figuraos una sotana negra, un manteo del mismo color, y como coronamiento, un inmenso, prodigioso, fenomenal, hiperbólico, titánico sombrero, del cual no puede dar idea, ni aun ligera, el más gigantesco é hinchado de los epitetos. Lo menos tiene tres pies de largo el tal sombrero, y sus alas, arrolladas hacia arriba, forman por delante y detrás de la cabeza como un techo horizontal.

Entramos en la provincia de Alava, y pronto nos encontramos al pie de la montaña de Salinas. Pasar por allí os parece una idea tan ridícula como la de andar por el techo con la cabeza hacia abajo, como las moscas. El prodigio se verificó gracias á haber enganchado seis bueyes á la cabeza de las diez mulas, y en mi vida oí estrépito semejante. Mayoral, zagal, escopeteros, boyeros y postillón á porfía, lanzaban gritos, dirigían invectivas, daban latigazos, punzaban con la ahijada, empujaban las ruedas, tiraban del roncal de las mulas y de los cuernos de los bueyes con furia y ardor increíbles.

Póniase el sol cuando entramos en Vitoria. Des-

pués de haber atravesado calles de mediana arquitectura y mal gusto, detúvose el coche en el Parador Viejo, donde nos registraron minuciosamente los equipajes. Un daguerrotipo que llevábamos preocupó mucho á la gente de la aduana, que se acercaba á él con infinitas precauciones, como quien teme una explosión. Creo que lo tomaron por una máquina eléctrica, y me guardé muy bien de sacarlos del error.

Desde allí fui á la iglesia, cuya nave llenaban ya las tinieblas, que se amontonaban misteriosas y amenazadoras en los rincones oscuros, poblándolos de confusas formas de fantasmas. Las lámparas amarillentas y humeantes titilaban siniestramente, como las estrellas entre la niebla. En la iglesia de Vitoria vi por vez primera las espantosas esculturas de madera polieroma, de que tan extrañamente abusan los españoles.

Después de la cena fuimos al teatro, engolosinados por un cartel que anunciaba pomposamente una representación extraordinaria de hércules franceses, que debía terminar con un baile nacional, el cual se nos figuraba cosa de cachucha, fandango, bolero ú otra diabólica danza.

En España no suelen tener fachada los teatros, que sólo se distinguen de las otras casas en dos ó tres quinqués humeantes colocados á la puerta. Tomamos dos asientos de luneta, y como se trata con igual franqueza á las paredes interiores del teatro que á los monumentos públicos, á pesar de la inscripción *No se permite hacer aguas*, llegamos, tapándonos las narices y medio asfixiados, á nuestros asientos. Añadid que se fuma durante los entreactos, y os formaréis una idea poco balsámica de un teatro español.

Los hércules franceses levantaron enormes pe-

sos, retorcieron barras de hierro con gran contento del público, y el más ligero de ellos ejecutó una ascensión en la cuerda tirante y otros ejercicios harto conocidos en París, pero nuevos probablemente para la población de Vitoria. Ardíamos de impaciencia en los asientos, y limpiaba yo el cristal de los gemelos con furiosa actividad para no perder nada del baile nacional. Al fin y al cabo los dependientes se llevaron los pesos y todo el material de los héroes. Figúrate, lector amigo, la apasionada impaciencia de dos franceses jóvenes, entusiastas y románticos, que por primera vez van á ver un baile español en España.

Finalmente se levantó el telón, dejándonos ver una decoración con pretensiones de ser encantadora y mágica; sonaron los cornetines con más furor que nunca y apareció el baile nacional, representado por una pareja armada de castañuelas.

Nada he visto tan lamentable y triste como aquellas dos ruinas. Nunca vi pareja más gastada, más derrengada, más desdentada, más legañososa, más calva. La pobre mujer, enjalbegada con mal blanquete, presentaba una azulada tez que traía al magín las anacreónticas imágenes de un cadáver del cólera ó de un ahogado rancio. Las dos manchas coloradas que había plantado en los huesudos pómulos para avivar el brillo de sus ojos de pez cocido, formaban raro contraste con aquel tinte azul. Sacudía la bailarina con manos descarnadas las rajadas castañuelas, que sonaban como los dientes de un hombre calenturiento ó como las bisagras de un esqueleto en movimiento. De cuando en cuando, con desesperado esfuerzo, extendía los relajados músculos de sus piernas y conseguía levantar una pierna vieja para producir una cabriollilla nerviosa (como una rana muerta y some-

tida á una pila de Volta) y hacer brillar un momento los destellos cobrizos del harapo que le servía de basquiña. El hombre se mecía siniestramente en su rincón, se levantaba y volvía á caer con flojedad, semejante á un murciélago. Su rostro parecía el de un sepulturero que se enterrara á sí mismo, y la frente arrugada, la nariz de loro, las mejillas de cabra, le prestaban la más fantástica apariencia.

Mientras duró el baile no se miraron ni una vez, como si tuvieran recíproco miedo de su fealdad y temiesen echarse á llorar al verse tan viejos, tan decrepitos y tan fúnebres.

El bolero lúgubre duró cinco ó seis minutos, y la caída del telón puso término al suplicio de ambos desgraciados... y al nuestro.

Así se apareció el bolero á dos pobres viajeros ansiosos de color local. ¡Oh Tanny Essler, que estás ahora entre los salvajes de América, ya nos figurábamos, antes de llegar á España, que eras tú la inventora de la cachucha!

A media noche volvimos á emprender el viaje, con un frío glacial, explicable por la altura de la meseta que atravesábamos y por la nieve que nos rodeaba.

Paso singular y grandioso es el de Pancorbo. Las rocas no dejan libre más que el sitio del camino y se llega á un lugar en que dos masas graníticas enormes, inclinadas una hacia otra, semejan el arco de un puente gigantesco cortado por la mitad, para cerrar el paso á un ejército de titanes; otro arco más pequeño, practicado en el espesor de la roca, aumenta la ilusión. Nunca pintor escenógrafo imaginó lienzo más pintoresco ni mejor entendido; á quien se acostumbra á las chatas perspectivas de las llanuras le parecen imposibles y

fabulosos los sorprendentes efectos que á cada paso se presentan en las montañas.

Entre Pancorbo y Burgos encontramos tres ó cuatro lugarejos medio arruinados, secos como piedra pómez y de color de pan tostado. Castilla la Vieja debe llamarse así por las muchas viejas que en ella se encuentran. ¡Y qué viejas! Las brujas de Macbeth que atravesaban los matorrales de Dunsinania para preparar su cocina infernal, serían, al lado de aquéllas, doncellas encantadoras. Los abominables vestiglos de los caprichos de Goya, que había yo tomado por pesadillas y quimeras monstruosas, son retratos de espantosa exactitud. La mayor parte de tales viejas tienen barbas como el queso mohoso y bigotes como los granaderos. Y nada digamos del traje. Si se cogiera un pedazo de tela y se estuviera trabajando diez años para mancharlo, agujerearlo y remendarlo, haciéndole perder el primitivo color, no se lograría tal sublimidad del andrajo.

Entramos por fin en Burgos, en medio de cuya plaza se yergue una estatua medianaja, de bronce, de Carlos III. Cierran por todas partes la plaza casas coloradas, sostenidas con pilares de granito azulado. Bajo los soportales y por la plaza hay infinidad de puestos de venta, y se pasean innumerables borricos, mulos y aldeanos pintorescos. Los harapos castellanos se presentan allí en todo su esplendor, y cualquier pordiosero se envuelve noblemente en su capa como un emperador romano en la púrpura. Todo aquello está tan seco y raído, tan inflamable parece, que no sé cómo se atreven á fumar y á echar yescas. Los presidiarios barren y limpian la ciudad sin soltar los arambeles que los cubren, y aquellos forzados con capa son la gentuza más asombrosa que puede verse. A cada

escobada se sientan ó se echan en el umbral de las puertas. Nada les sería tan fácil como escaparse, y cuando lo dije me contestaron que no lo hacían por su natural bondad de carácter.

La fonda donde paramos era verdaderamente española, y allí no sabían una palabra de francés. Tuvimos que chapurrear el castellano y desgarrarnos la garganta con la endemoniada letra jota, sonido árabe y gutural que no existe en nuestro idioma. La verdad es que, gracias á la extraordinaria inteligencia que distingue á aquel pueblo, nos entendían bastante bien. Alguna vez nos traían velas cuando pedíamos agua, ó chocolate cuando queríamos tinta; pero aparte de las disculpables equivocaciones, la cosa marchaba bien. Servían en la fonda muchas maritornes desmelenadas, que tenían los nombres más hermosos del mundo, como Casilda, Matilde ó Bibiana; los nombres son siempre en España encantadores, y los de Lola, Balbina, Pepa, Hilaria, Carmen y Cipriana los usan las criaturas menos poéticas que puedan verse. Una de aquellas camareras tenía el pelo rojo, que abunda bastante en España, contra lo que generalmente se cree.

Frente á nuestras ventanas estaba la tienda de un sangrador, que en la muestra aparecía, acompañado de un practicante, serrando el brazo á un pobre diablo sentado en una silla. Cerca estaba una barbería que en nada se parecía á la de Fíguro; á través de los cristales relucía una gran bacía de brillante cobre dorado, que Don Quijote, de haber andado entonces por el mundo, habría tomado por el yelmo de Mambrino.

Burgos posee una catedral que es de las más hermosas del mundo; desgraciadamente, como todas las catedrales góticas, está empotrada entre

una muchedumbre de innobles construcciones, que no la dejan apreciar en conjunto.

La principal portada da á una plaza, en cuyo centro se eleva una preciosa fuente coronada por un admirable Cristo de mármol blanco, blanco de las pedradas de todos los granujas burgaleses.

El pórtico, que es magnífico, bordado, trabajado y florido como un encaje, ha sido por desgracia rascado y cepillado hasta el primer friso por no sé qué prelados italianos, grandes aficionados á la arquitectura sencilla, los muros sobrios y los adornos de buen gusto que querían arreglar la catedral á la romana, apiadados de aquellos pobres arquitectos bárbaros, que practicaban poco el arte corintio y no sospechaban la hermosura de los áticos y de los frontones triangulares. Dos agujas finísimas, trabajadas como con sacabocados, festoneadas, bordadas y cinceladas, se elevan hacia Dios con todo el ardor de la fe y todo el arrebató de la convicción inquebrantable. Otra torre, esculpida también con nunca vista riqueza, pero menos alta, señala el lugar donde se juntan los brazos de la cruz y completa la magnificencia del contorno. Innumerable muchedumbre de estatuas de reyes, de arcángeles, de monjes, anima toda aquella arquitectura, y la población de piedra es tan numerosa, que sobrepuja seguramente á la de carne y hueso que ocupa la ciudad. Ni un tomo de descripciones, ni un álbum de dos mil láminas, ni veinte salas llenas de modelos de yeso darían completa idea de tan prodigiosa florecencia del arte gótico, más tupida y complicada que un bosque virgen del Brasil. Al entrar en la iglesia detuve el paso ante una incomparable obra maestra: la puerta de madera esculpida que da al claustro. Representa, entre otros bajorrelieves, la entrada de Jesucristo en Je-

rusalén. Hojas y quicio están llenos de deliciosas figuras, tan finas y elegantes, que cuesta trabajo creer que materia inerte y opaca como la madera se preste á fantasía tan caprichosa.

El coro está cerrado por verjas de hierro repujado, de inconcebible labor. Alzando la cabeza se ve una especie de cimborio formado por el interior de la torre de que ya he hablado; abismos de esculturas, de arabescos, de estatuas, de adornos, capaz de causar vértigos. Después de estarlo mirando dos años, no se habría visto por completo. Es gigantesco como una pirámide y delicado como una arracada, y es imposible comprender que semejante filigrana se sostenga en el aire hace siglos. ¡Qué hombres fueron los que ejecutaron semejantes construcciones! El más violento esfuerzo humano no podrá superarlas nunca, pues nadie sabe los nombres de tan divinos artistas, y para encontrar de ellos algún rastro, habría que revolver los porvíentos archivos de los conventos.

Dando una vuelta por la inmensa madrépora, construida por prodigiosos pólipos humanos de los siglos XIV y XV, empezaremos por la sacristía menor, que es un salón bastante extenso y contiene un *Ecce-Homo*, un *Cristo crucificado* de Murillo y una *Natividad* de Jordaens. En medio hay un gran brasero que sirve para encender los incensarios y tal vez también los cigarros, porque muchos curas españoles fuman, lo cual no me parece menos correcto que tomar rapé, placer que el clero francés se permite sin ningún escrúpulo.

En la sacristía mayor hay otro *Cristo crucificado* de Domenico Thetocópuli, llamado el *Greco*, que fué además arquitecto y escultor, sublime trinidad, luminoso triángulo que se encuentra con frecuencia en el cielo del arte.

A lo largo de las paredes de esta sacristía hay armarios con columnas floridas y festoneadas del mejor gusto. Encima de ellos existe una pila de espejos de Venecia, cuyo uso no me explico, á no ser que sirvan para adorno, puesto que están demasiado altos para mirarse en ellos. Más arriba todavía están colocados por orden cronológico los retratos de los obispos de Burgos, desde el primero hasta el que ocupa la sede en la actualidad. El centro de la sala lo ocupan un enorme aparador é inmensos cestos donde se guardan los utensilios del culto, y bajo dos fanales se conservan como curiosidad dos árboles de coral, de ramos menos complicados que cualquier arabesco de la catedral.

Atravesamos otra sala de escaso valor arquitectónico, cuando nos rogaron que alzáramos la cabeza y miráramos un objeto curiosísimo, consistente en un enorme cofre sujeto á la pared con grapas de hierro. No cabe imaginar cofre más remendado, desvencijado y carcomido; seguramente es el más antiguo del mundo, y una inscripción negra que dice: *Cofre del Cid* da gran importancia á aquellos tablonos podridos. Según las crónicas, aquel cofre es el que Ruy Diaz de Vivar, conocido con el nombre de Cid Campeador, llevó como prenda (cuando, aunque héroe, andaba falto de dinero), lleno de arena y piedras, á casa de un honrado usurero y prestamista judío, prohibiéndole que abriera el misterioso cofre antes de que le devolviera la cantidad tomada á préstamo, lo cual demuestra que los usureros de aquella época eran más tratables que los de nuestros días; pocos judíos, y aun pocos cristianos, se encontrarían hoy tan cándidos y bonachones que aceptarán semejante garantía.

**El claustro.—Casas y puertas.—El teatro y los actores.—
La cartuja de Miraflores.—El general Thibaut y los huesos
del Cid.**

El claustro está lleno de tumbas, cuya mayor parte están cerradas con verjas espesas y fuertes; estas tumbas, todas de personajes ilustres, están abiertas en el espesor del muro, historiadas con blasones y bordadas con esculturas. En una de ellas ví un grupo de María y Jesús, de gran hermosura, y una quimera, mitad animal, mitad arabesco, de la más extraña y sorprendente invención.

Vi sobre una puerta una encantadora estatuita de la Virgen, de preciosa ejecución y extraordinario atrevimiento en la idea. En lugar del ademán modesto y contrito que se da generalmente á la Virgen, el escultor la ha presentado con una mirada en que la voluptuosidad se mezcla con el éxtasis y con la embriaguez de una mujer que concibe á un Dios. De pie, con la cabeza echada hacia atrás, aspira con el alma y con todo el cuerpo el rayo flamígero exhalado por la paloma simbólica, con una mezcla de ardor y de pureza, de rara originalidad.

Imposible es particularizar todas las obras maestras que hay en la iglesia; hablaré sólo de algunas.

Parémonos ante una Pasión de Jesucristo, de Felipe de Borgoña, el cual no fué francés, aunque